

Los óleos marchitos

Débora de Rivero

Prefiero caminar descalza a través del oscuro y gélido pasillo en vez de sonreír a tal abrumadora sociedad fría y falsa. La galería sería un lugar verdaderamente más acogedor.

El suelo está húmedo. Silenciosa madera enmohecida. Décadas de historia impregnadas en aquellas paredes. Tiempo, tanto tiempo lleva este camino sin ser recorrido; llevo años sin entrar en mi habitación, ahora sin vida, sin juventud, repleta de malas pinturas sin terminar, bañada en una amarga capa de polvo. Me detiene ante la puerta el estruendo de sus risas. Me vuelvo a mirar hacia la ventana y reparo que en el cielo se mece una luna perfecta, que un regadero de estrellas la adornan. Hay un pajarillo sobrevolando la copa de un árbol... Y el mundo sigue. Mientras, debo reconocer, me mantengo censurada a entrar en el cuarto. El miedo me consume y el pasado me atormenta. Con la mayor voluntad del mundo, empujo mis dedos hasta la manilla de la puerta y tiro de ella con tal cuidado que parece una gota de cristal balanceándose en un precipicio; enciendo el pequeño interruptor situado junto a mí. Todo está tal cual, los retratos del supuesto bebé, la mayoría rotos, pintura por el suelo, pastillas, botellas vacías, el reflejo del desastre de mi vida, de mi fracaso como persona. Toda la historia regresaba a mi cabeza nuevamente, todas las imágenes. Pero siempre hubo un momento que perdí, siempre me faltó una razón, por años lo he bloqueado, y al estar aquí, en este nostálgico basural, la memoria lucha por venir a la luz. Cierro los ojos atrapando un desagradable sollozo y cubro mi rostro para evitar el cruel llanto. Al levantar la vista el sol está en la cima, la galería está ordenada, limpia, cada lienzo en su espléndido comienzo, con el vigor inicial, y ahí estoy yo, la inmadura y bella Alejandra de 16 años, con energía de sobra, dando saltos y lanzando casi mágicamente trazos de pintura, con aquella actitud saturada de altanería y soberbia tan característica de mi adolescencia.

No puedo aguantar la curiosidad. Las ansias y el temor me dominan ante la posible idea de la verdad. Sin más opciones me acerco humildemente e inicio aquello que es inevitable. “Y bien ¿Por qué lo harás?” Con una feroz mirada desdeñosa, aquella insolente muchacha me responde: “Deberías saberlo, es nuestra decisión.”

Pero ahora, 20 años después, miro hacia atrás y no imagino por qué haría algo tan sádico sin tener razones contundentes, ni siquiera con la ligera mente de mi inexperiencia a tan corta edad.

En un movimiento desentendido, ella da media vuelta para seguir su óleo y con una voz cansada y liviana de preocupaciones exclama de una manera natural “a mi edad no es una bendición, es un problema y significa mucho trabajo, aún tengo una vida que seguir...” Tardo un momento en relacionar las ideas, en unir mis conclusiones. Torpe juventud, ignorante. En un movimiento brusco la giro sobre sus talones, agito sus hombros, debo hacerla entrar en razón, ella no puede arruinar su vida, nuestras vidas. Tengo la oportunidad, y no estoy dispuesta a perder a mi hijo por segunda vez. Pero ella no reacciona. No ve el daño que nos hará. No concilia que ambas sufriremos. Mi desesperación se agolpa en las acciones prácticamente inconscientes de mi cuerpo.